

## Óbitos en la frontera del Norte

El calor empapaba el desierto. Leónidas de León deambuló queriendo encontrar un sendero que lo llevara hasta el rancho más cercano. Al no hallarlo dedujo que, lo más probable, se encontraría cara a cara conmigo. Su celular estaba sin señal. Quiso regresar a México, inspeccionó el lugar, el paisaje era igual: nopales por allá y piedras por allí; hojarasca por doquier. Decidió sentarse bajo un mezquite que le proveía tenue sombra. Necesitaba descansar. Comió la última galleta. Por cualquier lado era desolador. Su tristeza, miedo, desesperación y nostalgia eran como un remolino de polvo. En medio de estos sentimientos, la paz que le transmitía el desierto, calmó su incertidumbre. Reflexionó cuando las instantáneas del viaje se reprodujeron en su mente: fue el primero en abordar el Pickup que los llevó de Cumatzil a La Mesilla, Huehuetenango. El primero en subir al neumático cuando cruzó el río Suchiate, de Guatemala a Chiapas. Bajo el árbol, sacó un envase de su mochila y bebió agua. Un escorpión trepaba una roca. Un tecolote lo seguía de arbusto en arbusto. Una serpiente reptaba sobre la arena. El silencio era ruidoso. Algunas hojas después de ceder al mordisco del viento, se desprendían de sus ramas...

Despacio, despacito el calor fue cesando. En pocas horas, la noche llegó adornada con el aullido de coyotes, que cada vez se oían más cerca de él. Trepó al mezquite, desganado; era prioridad ubicar las luces de los postes de energía eléctrica para guiarse. Sacó otra vez su celular, lo elevó optimista y suplicó que agarrara señal, seguía sin conexión. Temeroso, probó dormirse sobre una rama; fue incómodo. Evitar ser mordido por una víbora era su objetivo. El cansancio le obligó a descender y

buscar un sitio entre la hojarasca, resignándose a ser picado por los bichos. Bebió sorbos de agua y se dispuso a dormir usando la mochila en vez de almohada. Por el futuro incierto, pensaba que sería un muerto “equis equis” o un desaparecido más que engrosaría las estadísticas. Su fe salió volando como una espumuy que huye de las pedradas. Entonces, acurrucándose, cerró los párpados queriendo dormir, fue incapaz de conciliar el sueño. A esa hora, no imaginaba que por la madrugada, decidiría continuar el viaje. Y dudaría si, por esa senda, avanzaba al destino anhelado, regresaba al punto de partida o iba directo a mí.

En su travesía, Leónidas de León, lamentaba haber cambiado de ruta. Cruzar por el desierto de Arizona era una mala decisión. Se lamentó no haberlo reintentado por Laredo porque al pasar el río lo esperaba un furgón que lo llevaría hasta San Antonio. De esta manera era más seguro que caminar por el desierto, le dijeron y hasta se lo habían jurado. Su primer intento fue a la vera del río Bravo: se ocultó entre matorrales y la hierba. Secundino Batz encabezaba el grupo. Atrás, Cristóbal Quiej, el gordo, iba de la mano con Kotzig Balam. Él era el último, y porque la soledad le rasguñó la espalda y las nalgas, avanzó sin esconderse, rebasó a todos para adelantarse.... Se detuvo, sus amigos se aproximaban por detrás, volvió la vista porque de entre los árboles salían hombres de verde. Al principio no los distinguía bien, al percatarse del suceso, quiso advertirles y le fue imposible hablar. Se giró y tratando de gritarles, corrió de regreso en dirección al río y... «La migra, la migra», balbuceó cuando corría muy lejos de ellos. Saltó arbustos y zarzales, abrió un nuevo camino hasta llegar a la orilla del cauce. Solo se descalzó sin volver la vista atrás y

se lanzó en picada al caudal. Nadó y nadó a más no poder, siguió hasta la otra orilla. Mojado, exhausto y estremecido, ya en Nuevo Laredo, se acurrucó en un arbusto. «¿Dónde estarán mis amigos? ¿Por qué nadie me siguió a México? ¿Se escaparon de la migra? », se preguntaba. No entendía el por qué olvidaron el consejo de regresar a México al encontrarse con la migra. Allí, temblando, escuchó un balazo.

Dormido lo encontraron un grupo de migrantes, y el jalador se lo llevó a una casa de resguardo. «Por este lado, la frontera es difícil de migrar», escuchó decir. «Hoy, en la tarde, mataron a una muchacha en la frontera», comentaban las personas que llegaron luego de él. Sospechaba que era su compañera de viaje. En la noche las noticias informaban de la muerte: «Un Agente de la Patrulla Fronteriza le disparó en la cabeza a la joven identificada como Kotzig Balam...». Mientras veía las imágenes en el televisor, la reconoció tumbada de bruces sobre la maleza... Entonces, ahí, Leónidas de León decidió que lo mejor sería atravesar el desierto de Arizona.

La mañana se desvistió, quitándose el vestido negro y se puso, el blanco. El calor nocturno fue el combustible para su insomnio. Tomó un trago de agua que estaba agotándose y el calor aumentaba. Bebió otro sorbo. Ignoraba cuánto tiempo podría soportar así y hasta dónde su fortaleza le permitiría avanzar. Sacó otra vez su teléfono, lo aterrizó el diez por ciento de batería, y lamentó no haberlo apagado. Seguía sin señal. Marcando sus huellas en la tierra que por poco ardía, cruzó terrenos descampados, malezas y pedregales. No caminaba de espalda hacia atrás para engañar a la Patrulla Fronteriza. En vez de eso, deseaba que lo encontrara la migra. Tomó agua hasta llegar al último trago. La deshidratación le exigía más. «Nada es

suficiente —reflexionó—: si tenemos un río, queremos un lago. Y si tenemos un lago, deseamos un mar». Él necesitaba una gota más, solo una. Del recipiente, desovó la última perla de agua que se evaporó antes de caer en su lengua. Vio la hora en su celular, era las dos y trece minutos, en cuatro horas la noche volvería vestida negro a cubrir esos desfiladeros repletos de soledad. Comprendió su mala actitud al encaramarse primero al tren de carga en Tierra Blanca, Veracruz. Y también ser el primero en abordar aquella lancha cuando cruzó el río Bravo, en compañía de sus tres amigos....

Leónidas de León buscó sombra: acurrucándose junto a un cactus y un arbusto espinoso, dedujo que yo llegaría por él sujetando mi guadaña. Sospechaba que, en vez de regresar a la frontera, se adentraba más al laberinto desértico. Los jadeos y la nostalgia aumentaban; esperar en este sitio era una opción. Quiso dormir, el calor le agrietaba su piel. Vio el cielo sin nubes y, de todos modos, invocó la lluvia a través de una plegaria. No quería esperar la caída de pájaros muertos como sucedió en Macondo, entonces decidió salir de su ardiente escondite, resuelto a buscar la senda de regreso. También anhelaba encontrar botellas de agua, de esas que los activistas dejan por ese rumbo. Concluyó que se había perdido. Corrió de izquierda a derecha, se detuvo. Cayó de un solo y, a la vez, se levantó de un salto; creyó reconocer un lugar que horas antes había pasado. «¿Será que estoy caminando en círculos?», se preguntó sospechando que era el fin de su mundo. Gritó llevándose las manos a la cabeza, y pidió auxilio: «Ayúdenme por el amor a Dios». Solo su eco contestó desde el horizonte: «Adiós, adiós, adiós...». Le picoteó el recuerdo de encabezar la fila cuando mataron a Kotzig Balam. En toda su vida siempre quería ser el pionero. Hasta

había nacido un mes antes del parto, fue ochomesino por puras ganas de nacer primero que otros nonatos contemporáneos. Enrolló una de sus camisas alrededor del rostro y acomodándose la gorra, continuó su odisea a través del árido panorama. Imaginaba encontrar un riachuelo o un charco. Siciaría su sed sin importarle si estuviese el agua sucia. Sus piernas perdían fuerza. El sudor acarició su espalda hasta el coxis.

Inesperadamente, el sol lo empujó, cayéndose sobre las piedras y siguió avanzando de rodillas. En ese lapso, se imaginó mitad cadáver y mitad esqueleto... Trató de recordar cómo había llegado a quedarse solo; tuvo que cruzar con un grupo, sin embargo, dónde estaban los demás. Sacó el celular... Dejó tirada su mochila repleta de propósitos, siguió arrastrándose en busca de sombra. Quiso vomitar una, y otra, y otra vez. El celular agarró un palito de señal; llamó al número de emergencias... Se le nublaba la vista y perdía la conciencia. Un escalofrío reptó por su espalda como tamagás asustada. Le contestaron en español y cuando estaba a punto de pedir auxilio, se apagó... Sus ojos iban más allá de la desesperación. Sus brazos iban delante de la sed. Se aferró al tallo del arbusto cercano y, jalándose de éste, se deslizó hasta cubrirse el rostro con la sombra. Se metió entre nopales y zarzas, y se encogió, acomodándose en posición fetal. Frente a él una tuna madura brillaba en una penca. Creyó que era alucinación, se frotó los ojos. Debía alcanzarla. Comprendió su pronto reencuentro con Kotzig Balam. Imaginó que después encontrarían su propio esqueleto esparcido entre las matas y piedras. Pensó en el dolor que su muerte les causaría a sus padres y hermanos. Lloró sin producir lágrimas. Deseó cambiar su destino. Ya nada podía hacer, era lo que por decisión

propia eligió sin tomar precauciones. Nadie le obligó a adentrarse en el desierto. Le habían advertido que de Arizona era una boca arenosa que nunca se cansa de tragar.

En su agonía recordó la plática con su padre:

—Lo he decidido, me voy para el Norte aquí ya no se puede vivir. Nos iba bien en la agricultura hasta que, por aquella canícula, perdimos toda la milpa.

—Sigamos luchando, mi'jo; comida no nos hace falta.

—La producción del maíz es cara. El precio de los herbicidas y abonos están por las nubes. Recuerdas que por eso, cambiamos el cultivo por la ganadería.

—No te vayas, hijo mío; pasará el mal tiempo.

—Y ahora que los cuatreros nos robaron el ganado, ¿qué haremos?...

Volvió la vista a la tuna. Se resistía a morir a los veinticinco años sin dejar descendencia. Le parpadeó uno de sus recuerdos: «Espera aquí, volveré en seis horas; no te muevas por nada, ni nadie», le dijo el jalador que jamás regresó por él. Luego de esperarlo en el mismo lugar más del tiempo acordado, solo, siguió la travesía.

El esplendor de la fruta lo regresó al presente. Dudando que la tuna era real o producto del delirio, alargó su brazo por entre las zarzas, debía de alcanzarla. Un poco más, casi la tocaba, clavándose algunas espinas en su hombro y cuello, logró cortarla. Meticuloso la peló y, cuando la introdujo en su boca para refrescar un poco su paladar, desapareció el delirio dejándole la mano vacía. Desesperado, salió

arrastrándose del escondite. En carne propia había experimentado que el desierto de Arizona era un estómago insaciable... A lo lejos, escuchó que un helicóptero estaba aproximándose. Prestó atención, justo se acercaba a él. Concluyó que, posiblemente, era un espejismo igual que la tuna. Pataleó varios segundos, era necesario salir hacia adelante. Era imposible retroceder por su estado agónico. Los calambres se enraizaron en sus piernas. Sus manos se transformaron en ramas enmarañadas. Rodó como pudo entre zarzas. Las espinas y las piedras le rasgaban los brazos, las piernas, el rostro, la espalda... En el corto trayecto, encontró un esqueleto que, por un momento, lo dejó estupefacto. Los huesos de su mano todavía sujetaban un galón de plástico partido a la mitad de un machetazo. Se imaginó el calvario que sufrió el migrante hasta fallecer, oculto en esta enmarañada y espinosa trampa. «Su familia todavía espera hallarlo vivo», pensó, esforzándose en salir al terreno descampado. Haciendo esfuerzo sobrehumano, dedujo que colgaría los caites. En ese instante, no imaginaba llegar al claro, ponerse bocarriba, desenrollar la camisa que protegía su rostro y agitarla, intentando que lo viesen los tripulantes, aunque fuesen imaginarios.

Mis pasos lo hizo buscarme con la mirada. El tecolote lo observaba desde una rama. Un olor fuerte a podrido yodó el ambiente. Leónidas de León quedó absorto al ver mis zapatos rojos de tacón:

—Si vienes por mí, ¡por favor!, llévame pronto.

—¿Qué te hace pensar eso?

—Se supone que nomás te apareces a último momento para arrancarme la vida y llevar mi alma a Xibalbá.

—Solo pasaba por aquí, y te vi. Voy por un joven que fue baleado por un ranchero cansado de que le arruinen el cercado y las vacas se le escapen al desierto. Pensé que al verme suplicarías clemencia.

—Creo que eres un delirio más, pero si no, entonces déjame vivir, quiero en el futuro tener hijos que me cierren los párpados al fallecer...

El tecolote alzo el vuelo al horizonte. Leónidas de León serpenteando se alejaba de mí, ya no escuchaba que el helicóptero ambulancia giraba sobre él. En ese lapso, recuerda que el coyote le preguntó al grupo quién deseaba avanzar primero y él sin dudarlo, se ofreció para ser el voluntario. Fue ese momento, antes de abandonarlo en el desierto, cuando le dieron el celular... Allí, agonizando comprendió que lo dejaron como señuelo para engañar a la migra. El grupo se dirigió más al sur... En el suelo, desmayado, se arrepintió por no tratar otra vez de abordar el furgón, pensó que así hubiese sido más fácil cruzar la frontera. Inconsciente, bocarriba ya no veía a la aeronave, estática en el aire mientras un paramédico bajaba por un cable, que se esfumó de su imaginación...

El sol sudaba rayitos de luz. Kotzig Balam, tumbada sobre la hojarasca, dedujo que algo golpeó su cabeza. Un tecolote escapó de su rama. Ella intentó tocarse la coronilla, le fue imposible: sus brazos temblaban extendidos a los lados... La atormentó un dolor progresivo. Desubicada trató de mantenerse consciente.

Escuchó entrecortado un sonido agudo. Imaginó ser una paloma que fue herida solo por entrar a un huerto en busca de mejores frutos, en busca de sustento, obligada por el hambre.

Ella está de bruces, justo en el lugar donde cayó luego del balazo. Bastó un disparo para detener su huida, para matar sus sueños, para destrozar a su familia. Súbitamente, cayó a tierra como si tropezase el pie contra una raíz. No tuvo tiempo de amortiguar la caída con sus manos. Una orquídea de sangre abrió sus pétalos al brotar del orificio, entre su cabello oscuro. Aspiró una bocanada de oxígeno. Intentó levantarse y escapar, su cuerpo desobedeció esa orden. Ignoraba qué hizo mal. Solo deseaba un futuro mejor, animada por miles que sí lo habían conseguido. Ignora que su asesinato será conocido por el mundo entero igual que su historia, y pronto también será olvidada: ella quiso cambiar la situación familiar por medio del estudio y trabajo. Intentó ser ejemplo para sus dos hermanas menores. Logro ser orgullo para sus padres e inspiración para los habitantes de Cumatzil, la aldea cercana al abandono, en donde nació hace más de veinte años. Si tan solo tuviera diecisiete, otra fuera la historia: en vez de cruzar a escondidas, se hubiese entregado en la frontera y, sin sufrir daño, la hubieran entregado a sus parientes del lado más verde.

A pesar de la pobreza económica, sombra que la acompañó hasta este trágico final, ella desde el primer año en la escuela, demostró ser excelente estudiante. No fue obstáculo desgastar sus zapatos diariamente por aquellas calles empedradas desde su casa al plantel o hacer sus tareas a la luz de un candil. No le importó caminar bajo la lluvia resguardada con una sombrilla ni regresar a casa bajo el ardiente sol. Por su esfuerzo y dedicación obtuvo altas calificaciones. Sus maestros le auguraron

solo éxitos. Al final de cada ciclo escolar, recibió los máximos honores. Sus tíos, residentes fuera del país, le ayudaron a costear los estudios superiores. Kotzig Balam fue la primera mujer de su linaje en graduarse de una profesión, ya que su madre solo aprendió a leer y escribir, y su finada abuela fue analfabeta. Logró romper los estereotipos que excluyeron de la educación a las féminas de su familia por generaciones. El día que recibió el título de Administración de Empresas, en su casa una multitud de aldeanos la felicitó por su logro. En la fiesta quemaron cuetillos que sonaron similar al disparo que la llevó al suelo. Allí, tumbada sobre la hierba, quiso gritar cuando una voz masculina, al moverla ejerciendo presión con su zapato por la espalda, exclamó: ¡Está muerta! En este instante, entendió que obedecer a su padre cuando le negó el permiso para emigrar hubiese sido lo correcto. Pero, fueron superior las ganas de superación que renunciar al viaje. El agente del *Border Patrol*, alejándose, sujetaba su radio transmisor. Ella aspiraba otra bocanada de oxígeno; por su rostro, hiedras de sangre buscaban enraizarse al suelo. Quiso pedirle auxilio a Cristóbal Quiej, al amigo que llamaba el Gordo por su complexión física y, que juró cuidarla. De Leónidas de León no esperaba nada, con sus acciones le había demostrado su egoísmo, y porque había regresado al lado mexicano. Menos de Secundino Batz que durante el viaje se mantenía callado e inmóvil. De bruces no veía en dónde se habían escondido sus compañeros de viaje. Cuando el eclipse sanguíneo oscureció su vista, ni siquiera balbuceó, solo temblaba. Sus oídos se apagaron después que el migra solicitara asistencia médica. «Mujer herida, envíen una ambulancia», reportó tranquilo.

De bruces, crucificada por una bala, me esperaba, intuyó que los paramédicos llegarían demasiado tarde. Y yo tendré que llevarme su vida resistiéndose a dejar el cuerpo: aleteará fuerte golpeando sus brazos contra mi jaula, queriéndose regresar al cadáver. Ella segundos antes trató de esconderse, quiso escapar del hombre vestido de verde para evitar la deportación a su país de origen. La deuda era una carga pesada como un tercio de leña, por nada podía abortar el viaje. Aspiró otra bocanada de oxígeno. Nunca contará que el desempleo la obligó a querer, sin papeles, pasar la frontera. En su agonía, se acordó del diálogo con su madre:

—No te vayas, no nos dejes. Ese camino es peligroso...

—Después de graduarme, he buscado un empleo acorde a mis estudios. Ninguna puerta laboral he abierto con mi profesión.

—Me da miedo a que te pase algo malo. No te doy permiso...

—Allá dicen que es mejor, por eso me voy. Aquí he encontrado muchas trabas, me exigieron mínimo dos años de experiencia. ¿Cómo la tendría?, si en las empresas antes visitadas, me negaron una oportunidad.

—Sigue trabajando en la tienda, pronto encontrarás en otro lugar. Venderemos tortillas o tamales si es necesario...

—Ese empleo solo me da para sobrevivir. ¡Dame tu bendición!

Pasaron dos años y varios intentos fallidos. Esperó buenas noticias hasta que se dio por vencida. Desesperada y triste, queriendo contribuir al sostenimiento de su hogar y a los pagos escolares de sus hermanas pequeñas, le pidió ayuda económica para emigrar a uno de sus tíos radicado en New York. El préstamo le fue dado con intereses que se activarían desde la fecha que pisara los Estados Unidos.

De bruces, aspiró otra bocanada más de oxígeno con menor intensidad; la sangre se enraizó en el suelo. Días antes se había despedido de su familia: su padre se opuso a la decisión, un mal presentimiento picoteaba su mente. Su madre deseó convertir el llanto en una cárcel para retenerla a su lado. Intuía que podría encontrarse conmigo. Sabiendo que es más fácil detener el cauce del río El Jute que la decisión de su hija, sin saberlo le dio el penúltimo adiós. El calor, hambre, sueño y miedo, todo aunado como un vampiro le chupó la calma en la travesía. Montada sobre uno de los vagones de la Bestia y aferrada a sus sueños, Kotzig Balam cruzó México hasta llegar a Nuevo Laredo, junto a tres amigos de su aldea. En ese trayecto, vieron a un cipote que por querer treparse al tren, fue jalado a las vías y las ruedas lo dividieron en dos. Nunca se imaginó que la próxima en irse conmigo sería ella.

«Si ven a la migra, corran de regreso para México», les aconsejó el pollero antes de cruzar el río Bravo. Les dibujó un croquis en un papel y, a los cuatro, les indicó el trayecto para llegar a una casa abandonada, de donde serían recogidos en un todoterreno para llevarlos en la noche al furgón. Sus familiares pagaron una suma alta para viajar de esta manera que era segura y efectiva, según les habían dicho. Sobre una lancha pasaron el río al lado gringo y, en seguida, se escondieron entre el

monte. Agazapados esperaron el momento oportuno para avanzar. Sigilosamente, trataron de pasar desapercibidos. Camuflados con los matorrales, como codornices, avanzaron hasta llegar a la orilla de la senda. Desconocían que la migra los vigilaba con binoculares desde lejos, dejaron que se confiaran para atraparlos sin resistirse. Ellos deberían llegar sin el pollero al lugar indicado, siguiendo esta calle... El camino que la conduciría a mis brazos. Secundino Batz fue el primero en avanzar. Cristóbal Quiej iba a su lado. Leónidas de León era el último, pero avanzó sin agacharse y los rebasó para encabezar la fila....

Agonizando de bruces, a punto de morir, jamás se imagina que la indignación será un volcán activo cuando el agente argumentará en su declaración, que él trató de arrestarla, corrió tras ella, le ordenó detenerse, y ella ingresó forzando un portón a una propiedad abandonada. Él le insistió parar, ella siguió corriendo hasta que se detuvo. Él esperaba que ella levantara los brazos. En vez de rendirse, la joven recogió piedras y, desde adentro, se las aventó... Él, cubriéndose con la malla del portón, creyó sacar su taser gun, apuntó al hombro y le ordenó rendirse otra vez. Ella desobedeció de nuevo y siguió agrediéndolo. Por última vez le suplicó detener la agresión y, espero un momento, ella continuó lanzándole piedras y palos... Entonces, el agente aterrado le disparó... la patoja aleteaba como un ave que, solo por buscar otro árbol donde anidar, fue derribada con una piedra.

Ella aspira su penúltima bocanada de oxígeno con mayor dificultad: de bruces se levanta, la sangre se desenraíza, suena el disparo, ella corre hacia atrás, regresa a México a lado de sus tres amigos sobre aquella lancha. Retorna cada suspiro, cada

tristeza, cada lágrima, cada palabra, cada latido. Vuelve el trayecto sobre la Bestia junto a miles de migrantes que, como avispas prendidas a un panal, se aferraban a los vagones de carga. Retorna el cruce del río Suchiate sobre un neumático en Tapachula, el viaje de La Mesilla, Huehuetenango a Cumatzil a bordo de un Pickup, la despedida aquella mañana. Desacomoda sus güipiles, sus cortes, sus fajas en un ropero. Junta la ropa nueva y la vieja que separó nostálgica. Desordena sus zapatos. Vuelve a enmarcar sus diplomas y reconocimientos que había resguardado por la humedad y la polilla. Desacomoda un álbum de fotos, las cartas de amor, algunas joyas. Desempaca la mochila, saca sus sueños, sus metas y un suéter. Desanda el trayecto por el toril, llorando con el corazón destrozado. Cruza el río El Jute sobre el puente de madera hasta llegar a los brazos del novio que la esperaba esa última noche, bajo el aguacatero sin fruto, aquel árbol que de sus ramas colgaban chunches y ropa interior femenina. Recula en los brazos del amado cada segundo y beso, cada suspiro y abrazo, cada llanto y promesa. Ulula el tecolote, yo le trato de avisar que será pronto mi visita. Sigue rebobinando su vida...

Su madre llorará aferrada a sus hermanitas. Por la mala noticia invocará adelantar nuestro encuentro. Esta es una de las veces que refunfuño a cumplir mi función. Me acerqué y arrodillada a su lado, estoy acariciándole el cabello. No tendré otra opción que llevarme su existencia. La vasija rota ya no puede albergar la vida, se le escapaba por la grieta que formó la bala. Unas lágrimas brotan de mis cuencas sin ojos y como olas se desbordan por mis huesos males. Debo de ejecutar mi oficio porque asistiré puntual al desierto de Arizona, a la cita con un señor. El desdichado, arrastrándose entre las rocas y nopales, buscará agua mientras el sol lo azotará con

sus rayos; solo encontrarán sus huesos. Luego, iré hasta las vías del tren porque una señora, será dividida en dos por las hambrientas y filosas ruedas, caerá de la Bestia por quedarse dormida...

Ella no ve mis zapatos rojos de tacón. Aspira por última vez, en el momento que retorna hasta el vientre de su madre, se bifurca en el óvulo y el espermatozoide, desde la copa se desramifica por todo su árbol genealógico hasta filtrarse en cada una de sus raíces indígenas. Nunca abordará el furgón que la esperaba...

El tormento, ese gusano se comerá la conciencia del agente cada vez que recuerde el crimen hasta el instante de nuestro encuentro: Kotzig Balam, haciéndole honor a su apellido, presurosa corría calle abajo cuando a lo lejos vio un terreno baldío, apresurándose a este, sus tres compañeros huyeron con rumbo diferente. El portón estaba asegurado a un poste con una cadena que unía sus extremos con un candado. Ella miró hacia atrás mientras él se aproximaba; velozmente intentó abrir el portón, aterrada volvió la vista otra vez a él que acercándose jadeante, intentaba capturarla. Ella respirando fuerte y rápido, forzó la cadena y, al tratar de pasar, se atoró en ese espacio. Presionó con más fuerza y en segundos logró cruzar. Solo sintió que el agente trató de agarrar su trenza. Aterrada, arrastrándose logró alejarse y, luego de levantarse, siguió corriendo por el terreno baldío. Él intentó hacer lo mismo, comprendió que sería imposible pasar por allí. Entonces, esforzándose trepó la malla... Ella sin volverlo a ver, corría a prisa entre la hierba, casi volaba. Acercándose,

su mirada rebotó contra la cerca metálica del perímetro. Asustada, miró a los lados sin detenerse; se percató de un agujero en la malla que era perfecto para escabullirse por allí; apresuró su carrera en esa dirección... Unos pasos más y estaría lejos del agente que exaltado en ese lapso, trataba de pasar por encima. Observándola se detuvo, y desde allí, desenfundó su arma, apuntó y... Kotzig Balam inesperadamente como tropezando el pie contra una piedra, cayó de bruces...

Seudónimo: La de los zapatos rojos de tacón.